



IMPORTANCIA DE LAS IDEAS EN EL GOBIERNO Y LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA DE NUESTRO TIEMPO¹

Dr. Ricardo Enrique Schmukler

Resumen

El presente trabajo es una invitación a discutir res pública desde una perspectiva unitaria, integradora del pensar, el actuar y el valorar. Parte de la presunción discutible de que la clave interpretativa del ejercicio del poder y las capacidades de gobierno y administración de nuestro tiempo es la gestión, clave que operaría también como vector normativo de la aprobación/reprobación del obrar de los agentes por parte de una ciudadanía diversa y fragmentada. En ese marco cabe preguntarse: ¿importan aún las ideas, conservan su poder y sugestión, u hoy sólo reflejan la disposición inconsecuente de los actores en la escena pública, que las imágenes y otros disparadores no verbales de la acción logran despertar en el ánimo, si no la conciencia reflexiva, de ciudadanos expectantes y espectadores?

Palabras clave: Ideas – Imágenes – Gestión – Administración pública

Abstract

This paper is an invitation to discuss res publica from a unitarian perspective, that integrates thinking, acting and valuing. Its origin is the debatable premise that managing (as including paperwork and red tape) is the interpretive key of all governmental and administrative power and capacities, which also operates as a normative vector for a diverse and fragmented citizenry to appraise the performance of public agents. In this context, it seems reasonable to ask: do ideas still matter, do they still keep their primitive power and suggestion? Or have they became just a reflection of the inconsequential disposition of agents in the public domain, where images and other nonverbal triggers to action better stimulate said disposition, if not the reflexive conscience of expectant citizens (or spectators)?

Key words: Ideas – Images – Managing – Public Administration

**Dr. Ricardo Enrique
Schmukler**

Doctor en Sociología. Facultad
de Ciencias Sociales, Políticas y
de la Comunicación. Universidad
Católica Argentina.

Presentación

La oposición aparente entre ideas e incitaciones no verbales, tipificadas por las imágenes, es de vieja data, aun cuando los voraces cambios tecnológicos de nuestro tiempo y el abrumador embate de las imágenes contra la experiencia y la reflexión sugieran que se trata de una genuina novedad. Ello hace que el título de este ensayo sea problemático. En primer lugar, porque las prácticas y nociones involucradas (gobierno; administración pública; gestión; ideas) reciben distintos significados en diferentes contextos discursivos. En segundo lugar, por la tensión paradójica que contiene. Por un lado, ratificar la importancia de las ideas cuando nadie, o casi nadie, niega su exigencia a la hora de gobernar y administrar la república induce a sospechar de una operación frívola: la impostación intelectual de desafiar a la razón apelando a sus recursos y haciendo gala de sus virtudes. Por otro, conceder su decadencia sin esforzarse en la prueba permite relativizar lo que se asevera y afirmar, hasta cierto punto, lo que se pone en duda. En todo caso, la invitación presupone dejar atrás el amparo de las certidumbres e internarse en territorio inseguro, cuando y donde la búsqueda de respuestas satisfactorias se tensa entre las convicciones largamente atesoradas y los persistentes reclamos de la duda.

Una certidumbre-tópico de nuestros días es la creencia de que las formas de la vida política ya no están regidas por ideas fundamentales, mandamientos ni principios inamovibles y universales, destinados a acotar normativamente el obrar de gobernantes y gobernados. En vez de ello, estas formas serían validadas por el solo intercambio de reclamos contingentes y eventualmente efímeros, de carácter primordialmente sensible y dócil a la manipulación. Según esta persuasión oclocéntrica, las imágenes transportan mejor que las palabras la antigua virtud denotativa y no cargan con sus inhibiciones. Incitaciones emotivas antes que intelectuales, acompañan las transacciones ya no materiales sino simbólicas con las que la trama de la sociabilidad contemporánea se entreteje. Su poder expresivo se habría liberado de la tutela atávica de la cultura heredada, de la atadura al material de su práctica y la obediencia fundada en obligación moral

sobreimpresa a las inclinaciones naturales. A favor de esta aserción se ofrece como prueba el hecho de que quienes hoy aspiran a cargos electivos, allí donde se celebren elecciones competitivas, definen estrategias y organizan sus campañas atendiendo al consejo de publicistas y asesores de imagen antes que al de ideólogos o consejeros exclusivamente programáticos.

Reconocida es desde antaño la capacidad movilizadora y perturbadora que poseen las imágenes, sensaciones e incitaciones no verbales de la disposición y el intelecto. El temor a los actos y efectos no controlables que de tales capacidades podían desprenderse hizo que, desde siempre, los señores – en el sentido weberiano de detentadores de poder— procuraran controlarlas. De hecho, el tabú y la censura de imágenes lesivas para el poder, con severos castigos para quienes osaran transgredirlos, fue y siguen siendo practicados en diversas culturas y sistemas institucionales. Nada distinto del tratamiento recibido por palabras, ideas, y sistemas de pensamiento. En definitiva, los interrogantes acerca del poder de las imágenes versus el de las ideas para afectar un mundo no se levantan a pesar de su eficacia sino, precisamente, a raíz de ella.

Ideas e imágenes en tensión

En un mundo regido por imágenes y transacciones simbólicas –tal como el actual, según la crítica aludida—lo concreto se disuelve en lo fluido y las cosas en sus meros atributos. Los humanos seguimos siendo de la clase de seres que se distinguen y reconocen como vivientes en el lenguaje, entrelazados en redes de conversaciones, deseos, emociones, pero comienza a evidenciarse que las palabras ya no se acogen a la carnalidad de la voces que antaño las pronunciaban y, en sintonía con otras semejantes, generaban y celebraban la ocurrencia del dominio público. Perdida la correspondencia entre palabras y cosas –para decirlo con la diada de Foucault—el adelgazamiento de la realidad habría llevado a las palabras y los signos a independizarse de sus respectivas comunidades discursivas (Fox & Miller, 1996). Esto impacta al

¹ Basado en la ponencia dada en el 7° Congreso Internacional de Economía y Gestión “ECON 2013”, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, septiembre 2013.

² “Ningún problema es más intensamente nuestro que aquellos que han sido pensados ‘desde siempre’; ninguna palabra es más nueva –en el sentido de descubrimiento y sorpresa—que aquella que arrastra la responsabilidad de una larga historia”. Esposito, Roberto, 1996, p.14.

gobierno y la administración pública de nuestro tiempo. En tales condiciones de hiperrealidad, ya no realidad a secas, las ideas y doctrinas, que estaban hechas de palabras cargadas con la responsabilidad de su propia historia, abandonan su rico y penoso bagaje, dejan de significar y se tornan progresivamente auto-referenciales³. En un mundo vivido de este modo, la política, genéticamente republicano se desvincula radicalmente de la dinámica social, de la sujeción a fines y medios legítimos y de las regulaciones conceptuales que solía respetar para articular la convivencia, y pasa a relacionarse sólo consigo misma, con su propia articulación de fines y medios, con su propia imagen. El gobierno y la administración pública hechos ‘a imagen y semejanza’ de esta política –la alusión es deliberada– pueden, al fin, declararse históricamente inmunes, prácticamente intraducibles, y por su misma virtud, incomparables. A sus agentes ya no les resulta necesario producir concretamente las previsiones a cuyo efecto fueron electos o designados en virtud del voto de una mayoría expectante, pues no precisan convencerla sino conmovérla, y para validar sus producciones simbólicas basta la fuerza con la que las afirman y las adhesiones con que justifican la majestad (legitimadora) de las invocadas presencias. Aunque al celebrar el acto se contradiga lo realizado un día antes tanto como lo prometido para el día de mañana.

La acción de gobierno y administración de un tiempo concebido como líquido, globalizado y libre de deudas y devociones, cumplida en función de aspiraciones auto-referidas como si fueran las de la sociedad toda, permite re-describir teóricamente sus ámbitos como novedosos, casi a-históricos, abiertos tanto a la mediación de agentes lúcidos como a la intervención de actores insinceros, al compromiso efectivo de unos como al simulacro y la usurpación de idiosincrasia que otros realizan en la actuación (función/representación) que desempeñan. En el neo-teatro de la vida republicana (es decir en su interpretación o re-descripción teórica) esta ambigua condición dificulta distinguir la utilidad de la mentira.

La confusión, escandalosa para los antiguos griegos que hicieron de la tragedia un recurso formativo, evoca por contraste la forma en que aquellos supieron distinguir, en la misma noción de kosmeo (hacer cosmos, hacer mundo) el ordenar y gobernar, por un lado, y el disimular y maquillar por otro.

Sabido es que, en determinadas circunstancias, se suele optar por el artificio, el ocultamiento o la clase de mentiras que se supone quedan redimidas en la bondad de la causa o intención por la cual fueron impuestas a otros, usualmente en su impensado beneficio. Casi todos lo hacemos, eventualmente, y ninguna autoridad –cualquiera sea el tipo de organización que dirija– es completamente ajena al ocultamiento y el engaño, aunque lo haga bajo el supuesto de que “un prejuicio útil es más razonable que la verdad que lo destruye³”. La utilidad parece ser aquí el vector normativo, tal como Pareto lo consignara en la económica advertencia de que las teorías útiles son preferibles a las teorías verdaderas porque las primeras se validan por sí solas. Importa reconocer los límites de la eficacia de uno y otro modo de obrar, pues distinguir la utilidad de la mentira ahorraría mucho disgusto y vano esfuerzo al ponderar la forma en que los servidores públicos gobiernan y administran realmente versus lo que manipulan y difunden sólo en su virtual apariencia⁴.

La preeminencia no consentida de las imágenes

En el danzar de ideas con imágenes, el argumento insiste: los límites a la acción que marcaba la experiencia del tiempo conformada por los ritmos naturales de la vida han sido superados por las cuasi infinitas capacidades que brinda el operar en tiempos y espacios virtuales. El antiguo sentido público del tiempo (ritmo y duración de las conversaciones republicanas era el organizador del lugar de la vida social, esto es, la morada y el hábito de hombres y mujeres en comunidad. Este sentido compartido –en su significación como público y comparado– presidía

³ Pensamiento de Francisco de Weiss, que San Martín dedicó a Sarmiento en un álbum que le regalara durante una visita que éste le hizo, en 1847.

⁴ La voz griega κοσμέω (cosmeo) se usaba para indicar el ordenar, gobernar, arreglar, disponer, adornar. De allí que cosmos se refiera al orden del universo tanto como al del mundo y las cosas ordenadas, controladas y dirigidas en la reunión de los hombres, mientras que cosmética conserve el sentido de re-presentación de la apariencia de las cosas, su embellecimiento por la vía ilusoria –aunque no por ello irreal, ni necesariamente impudosa– del artificio, el ocultamiento, el engaño y la sustitución.

la ética en la vida política que, entre armónica y conflictiva, sujetaba a la gente en prácticas preñadas de nociones y teorías de y para la acción, la intención, el razonamiento, el juicio. Lenguaje, interpretación, conversación, ideas, en suma, conformaron los sistemas y doctrinas políticas que brindaron soporte normativo y carácter ideológico a la cultura, la historia de vida que nos comprende e intersecta, y a las cuales debemos la conformación de los estados, los gobiernos, las administraciones y la vasta red de interacciones que todo ello realiza y, aún, promete. Ahora, si se probara que la eficacia de las ideas fuera menor que la de otras formas de representación e incitación, cabría preguntarse si las imágenes, supuestamente autónomas, podrán sustituir eficazmente la gramática del lenguaje y la corporalidad de la mente y la voz en el cual las conversaciones —y, por ende, la política y la gestión pública— hasta aquí han hecho sentido.

Los optimistas afirman que tal sustitución no sólo es posible sino deseable, y en su hora la festejan. De hecho, sostienen que el cambio de paradigma se verifica a escala planetaria, sin reparos culturales, por la sola marcha de las generaciones y la lógica de los mercados, en particular, los tecnológicos. Oponerse al imperativo reclamo de las imágenes y el descuido de la gramática verbal y la sintaxis, propios de las prácticas comunicacionales dominantes, sería tan insensato como oponerse a los atardeceres, el sabor de la miel o el color violeta. Así como han cambiado las formas de vinculación entre adultos y jóvenes, padres e hijos, maestros y alumnos, productores y consumidores, así cambiarán los estados sus relaciones y las formas de vinculación entre gobernantes y gobernados. La velocidad del cambio, junto con la pérdida que todo descarte implica, puede generar inseguridad, desazón, sentido del duelo, pero la buena nueva que los optimistas nos traen es que las formas del pretérito infortunio serán sustituidas, económicamente, por sus respectivos espectros. A la inseguridad sucederá su efímero e inconsecuente correlato: la sensación de inseguridad, a las pérdidas materiales y la erosión de los valores republicanos una indulgente desazón por el entumecimiento de la ilusión o la confusión de motivos y rumbos, y así sucesivamente, en la vasta gama de los sentidos.

Especialmente los jóvenes —dice esta persuasión— seguirán prefiriendo imágenes sobre

ideas, y el hábito de auto-reconocerse por medio de pantallas y teclados antes que por sus propios signos corpóreos. Alguno llega incluso a justificar la preeminencia de lo virtual en las denominadas “generaciones interactivas” por congruencia con la necesidad universal de ahorrar energía: la sustitución de los movimientos y desplazamientos físicos por intercambios inmateriales, entendida como operación necesaria y virtuosa, quedaría así explicada por su sola declaración (Jaques Attali; citado por Méndez Gago y Rodríguez San Julián, 2011). Al fin y al cabo, una imagen vale más que mil palabras, reza el saber popular. El reclamo es un elogio de la economía del entendimiento. No obstante, cabe preguntarse por la relación entre imágenes e ideas a la hora de gobernar y administrar la república, toda vez que se sospecha que lo crucial no radica ni se agota en la diferencia.

La etimología, dulce y rigurosa fuente de significados, nos recuerda que *Idea* viene del latín *idēa* y ésta del griego *ιδέα*, cuyas acepciones fueron las de apariencia, forma, carácter, índole, género, especie, clase, manera, medio, opinión, arquetipo. A éstas se deben sumar las de primer acto del entendimiento, representación, conocimiento puro y racional conforme las naturales condiciones del entendimiento, plan y disposición para hacer algo, intención de hacer algo, concepto, ocurrencia inesperada, convicción, creencia. *Idea*, entonces, no deja de ser imagen ni ésta de ser idea: forma básica de formas, por lo cual idea remite a todo acerca de lo cual predicamos, incluyendo la forma en que lo hacemos. ¿Podía esperarse otra condición para nuestro humano entender, que opera metafóricamente? Esto es, que opera por ideas/imágenes espejadas, trasladadas, traducidas en la coherencia interpretativa de la experiencia. Extendiendo un concepto original de Didi-Huberman (2005), no hay imagen que no nos ponga de palabras y silencios frente al tiempo⁵.

Platón anticipó esta relación, y su teoría del conocimiento estratificó las formas que concibió como posibles de ser distinguidas, desde las imágenes imprecisas y elementales (apariencias, reflejos, sombras) hasta la inaccesible forma de las ideas, regidas por la absoluta *Idea* del conocimiento/bien supremo. La oposición no podía ser más extrema: las imágenes, apenas sombras y reflejos, ocupaban el lugar más bajo y la idea más abstracta, pura e impracticable, el

⁵ “Siempre, ante la imagen, estamos ante el tiempo” decía Didi-Huberman (2005) luego de citar a Georges Bataille, para quien “en cierto sentido, todo problema es uno del empleo del tiempo”. Luego, toda imagen de organización, o metáfora bajo la cual se la realiza, nos sitúa y confirma en el tiempo.

más elevado. El filosofar en la Antigua Grecia presidía las formas de la vida política, organizadas por ideas, en cuyo marco podían entenderse y arreglarse las oposiciones. El cuerpo no era el alma a la cual debía someterse, y las apariencias no debían confundirse con la verdad, la bondad y la belleza que las regían.

Cuando Platón recuerda que Sócrates propuso la noción de estado ideal y sugirió la forma de establecerlo, nos estaba diciendo: he aquí una idea relativa al buen gobierno y la sana administración. Dicha idea sostenía que el consentimiento ciudadano al gobierno y la administración del ordenamiento político habría de basarse en la aceptación de un mito justificador de su origen: la armonía en la ciudad—sugirió el proponente—dependerá de que sus habitantes vivan conforme al metal que los dioses introdujeron en la constitución de cada uno, y organicen sus labores y cumplan sus deberes consecuentemente. La idea fue rechazada, junto con otras no menos innovadoras, por las cuales Sócrates fue condenado a muerte. Pero el núcleo de la idea—la presunción de que hay una forma posible y rigurosa de organizar la república para lograr el bien común y la justicia—subsistió a los hombres que la rechazaron, como aún subsiste a los que se frustraron en su intento.

Al dar razón de nuestra historia, la etimología ayuda a sostener la concepción unitaria del ideal, imaginar, valorar. Si todo conocer es un hacer, tal como demostró Maturana (1996) esta concepción integrada con el valorar hace que no haya libertad que no sea idea de libertad, ni justicia que no sea práctica de la justicia, pues no hay pensamiento que no ocurra en el cuerpo viviente de quien lo piensa, y en algún emocionar lo sienta, ni hay imagen que no sea su encarnada ocurrencia.

Ideas e imágenes importan por su mutua implicación pero también por la diferencia. La antigua sabiduría operaba con formas magistralmente sintéticas. El profeta Isaías no necesitó abundar para difundir la idea de que la paz es fruto de la justicia. Tampoco necesitó una imagen que sustituyera la idea para facilitar la comprensión de aquellos a quienes estaba destinada. A partir de gramáticas así de elementales y precisas se fueron construyendo los conceptos republicanos de la convivencia: las formas

buenas y malas de gobierno, la división de poderes, los derechos y deberes del hombre y del ciudadano, y tantos más. Fueron ideas y no sólo irreductibles intuiciones, disposiciones sensitivas o impulsos inexplicables las que por siglos movilizaron a la gente en sus trabajos, padecimientos y placeres.

Considérese la asociación de conocimiento y amor, por ejemplo, como tensión de la más larga data en nuestra cultura. Shakespeare invoca la forma sapiencial del erotismo en la metáfora del amor/conocimiento: dice que es un faro fijo y una estrella pura, “para guía y señal de barcos errabundos que ignoran su misterio pero toman su altura”⁶. Aquí la imagen consolida el entendimiento y el sentimiento por igual. Sin embargo, con las grandes transformaciones y revoluciones que abrieron (o cerraron, según se mire) el ciclo de la vida política moderna, muchas de aquellas ideas y legados se fragilizaron. Marx, invocando al mismo bardo inglés que supo que “somos de la materia de que están hechos los sueños”⁷, retomó la idea de que con el advenimiento del proyecto fáustico de la Modernidad todo lo sólido habría de desvanecerse en el aire. Está claro, entonces, que la alusión a la vida política como fluida no es estrictamente novedosa, como tampoco lo son las proclamas del fin del mundo, la historia, los dioses, las ideologías, los grandes relatos y otros recurrentes acaboses, pues el mundo sólido conoce anteriores pasajes desde y hacia la forma líquida tanto como a la otra, evanescente y sublime⁸.

La gestión como inconclusión: el dilema del principio explicativo

La pregunta por la importancia de las ideas y su relación con otros vectores generativos y normativos de la acción debe ser reformulada. No se trata de discutir acerca de conceptos y nociones en abstracto, sino acerca de la importancia de gobernar y administrar la república conforme buenas o malas ideas al respecto. A la hora de hacerlo, ¿podrá una buena imagen sustituir los efectos de una mala idea y una peor práctica derivada de ella?, ¿basta con la imagen del bien anhelado para no reclamar por su ausencia?, ¿será posible que las formas de neo-gobierno y

⁶ En el sentido que lo señalan Estebanez y Korsunsky (2004).

⁷ Shakespeare, William. Soneto CXVI.

⁸ “Todas las relaciones estancadas, enmohecidas con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos quedan rotas, las nuevas se hacen añejas antes de haber podido cosificarse, todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado se profana y los hombres al fin se ven forzados a considerar en frío sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”. Marx, Manifiesto Comunista, 1848.

administración pública que hoy se invocan ofrezcan seguros espejismos virtuales a modo de lugar, hábito y morada para conversar los reclamos, intenciones y conjeturas que antes realizábamos en la plaza, o dominio público concreto?

La convicción de Kurt Lewin, para quien no había nada más práctico que una buena teoría, fue refrendada luego por Elliot Jaques (1989), quien sugirió que despreciar la teoría en aras de la “acción práctica” es guiarse por una mala teoría. La Modernidad, a la cual se atribuye el haber acabado con las supersticiones y liturgias del orden preexistente (aunque no lo haya hecho tal como se supone) y habernos obligado a reconsiderar racionalmente las condiciones de nuestra existencia (aunque no lo hayamos hecho exactamente así), en un proceso, para algunos, agotado y para otros, inconcluso, alumbró ideas y experiencias prácticas de la libertad y la solidaridad, en igualdad de dignidad de hombres y mujeres semejantes. Quizás nunca fuimos modernos en sentido estricto (Latour, 2007) pero a pesar de ello aceptamos el legado de ser capaces de imaginar el futuro, que sólo por la imaginación es accesible y susceptible de ser organizado, así como las vías para realizar esas nociones en beneficio de cada vez más gente. Es justo recordar también que las ideas y experiencias de la vida política en el estado de derecho —siempre contestables— junto con sus irreparables diferencias respecto del ideario de las dictaduras y los gobiernos autoritarios y anti-republicanos, forman parte del mismo legado. A la república democrática es posible atribuirle defectos y limitaciones, como a toda hechura humana, y eventualmente reconocer que su vitalidad se resiente cuando promueve beneficios sólo aparentes, que se traducen en frustración y desencanto ciudadano. Pero la diferencia con los regímenes autoritarios importa, y esa diferencia, y no alguna inconsecuente similitud, es la que sigue alimentando ilusiones.

No cabe aquí reiterar el elogio de las buenas ideas, o de su importancia innegable para gobernar y administrar la república, sino llevar la atención a la relación con las imágenes y las incitaciones no verbales de la acción. Se podría tildar de excesivo el argumento de Isaiah Berlin cuando recordaba que ya el poeta Heine había advertido no subestimar el poder de las ideas, porque “conceptos filosóficos criados en la quietud del estudio de un académico podían destruir una civilización” (Berlin, 1958)⁹. Nada puedo agregar a cuanto se sabe acerca de la humana idiosincrasia de los vivientes políticos, que somos tales en redes de conversaciones en el lenguaje, para justificar la importancia de las ideas (las buenas y las malas, y cada clase por sus méritos). Sí, en cambio, debo insistir en la conveniencia de matizar la oposición entre ideas e imágenes, lo cual facilita arribar a inconclusiones, siempre abiertas a la creatividad y la esperanza.

En este sentido, no es de suyo impropio acudir a la idea de gestión, o a las imágenes que la inspiran o evocan, para referirse al “hacer cosa pública” de modo intencional, sin caer en la tentación de sobre-filosofar la política en vez de actuar o juzgar sin preocuparse por lo no deliberado ni acontecido. La voz gestión tiene una sonoridad potente y una amplitud casi épica, y simboliza reunidas las luchas y trabajos esforzados de una gesta con las promesas por alumbrar, propias de la preñez. Esto es, la noción de gestión logra correspondencia con una comprensión unitaria y constructiva de la res pública. El problema no reside en acordar todo lo que la palabra gestión induce a pensar, actuar y valorar, sino en convertir dicha idea en un principio explicativo.

Bateson (2000) llamaba principio explicativo a la etiqueta que se sobreimprime a una explicación para cancelarla. Esto es, para llenar el vacío que la ignorancia pone en evidencia al no poder explicar satisfactoriamente un fenómeno. La idea de gestión

⁹ Berlin, Isaiah, revisó este texto al día siguiente de la muerte de Nelson Mandela. La quietud del estudio aludida, en más de una ocasión habrá coincidido con la quietud del calabozo que sufrió el líder sudafricano, y otros con él. Berlin seguramente saludaría la capacidad destructora de pensamientos criados en tal reclusión toda vez que se apliquen a demoler, por sus propios méritos, una cultura de odio, usurpación, discriminación y violencia. En aras de destacar la importancia de las ideas, quizás Berlin compartiría nuestra deuda de gratitud con Nelson Mandela.

¹⁰ En “Metalogo: ¿qué es un instinto”, Gregory Bateson imagina un diálogo con su hija, para mostrarle que atribuir la causa de ciertos fenómenos a nociones como el instinto o la gravedad, implica solamente declarar (etiquetar) lo que esa noción supuestamente hace o causa, pero no describir ni explicar los mecanismos por los cuales efectivamente lo hace. Así, atribuir al instinto la seguridad con que las golondrinas se mantienen en la ruta de su peregrinación anual y llegan a destino sólo implica declarar la ignorancia respecto de los complejos mecanismos que, intersectándose mutuamente en el vivir de las golondrinas en su ambiente, generan ese comportamiento y resultado de la acción, y no otro.

puede así correr una suerte análoga a la de instinto, gravedad, equilibrio y otras, a las que se recurre para dar razón, sin hacerlo, de un fenómeno complejo¹⁰. No sería problemático que, por economía del lenguaje, se conceda a la palabra gestión el peso y la consecuencia de las ideas que implica, al modo en que una metáfora de organización encapsula una teoría compleja, porque de esa forma la gestión emerge y hace sentido en la coherencia interpretativa de nuestra experiencia. Mas sí sería problemático, en cambio, adoptar en forma descuidada e irresponsable la noción de gestión como un principio explicativo indiscutible de la teoría y la práctica de gobierno y administración pública, asignándole por añadidura un status ontológico trascendente¹¹. Por ello, considerar la gestión como principio autónomo y táctico de los diversos mecanismos más o menos complejos que en el convivir político generan los comportamientos y manifestaciones de voluntad de ciudadanos y gobernantes, puede ser un recurso económico del entendimiento del poder tanto como una manifestación de carencia o resignación intelectual ante los dilemas, paradojas y desafíos republicanos respecto de los cuales no se sabe dar razón. Esta es la trampa epistemológica que habría que evitar, para que el recurso a la gestión no sea un simple trámite para cancelar el pensamiento riguroso acerca de la vida social, evitar la reflexión sobre las formas que las teorías y prácticas de gobierno y administración suscitan, y negarse a conversar todo ello en el dominio de una genuina deliberación política.

Habermas imaginó una 'situación de conversación ideal' que permitiría asociar la eficacia y eficiencia comunicativa con la redención argumental: que se presuma la sinceridad de los hablantes, que éstos se expresen con claridad, pertinencia y justeza en los reclamos, que expliciten las intenciones y procuren que sus declaraciones sean relevantes al tema tratado, que presten atención y escuchen, y deseen contribuir sustantivamente a la conversación. Más allá de lo practicable en la intención habermasiana, y de la sorna con que la descartan quienes abominan de toda posibilidad de democracia consensual, es legítimo preguntar si las imágenes podrían sustituir, a este efecto, la gramática del lenguaje. Al fin y al cabo, están presentes en la estructura metafórica del entendimiento, que hace posible y realiza dicha gramática. La condición de vivientes metódicos hace que no haya contradicción entre conversación y método republicano. El carácter radicalmente público

de nuestra vida/conversación se manifiesta en el despliegue de la agonía y las pretensiones con que la realizamos, en la irreductible unidad de los hechos, ideas y valoraciones políticas. Por ello, aunque más no sea porque no nos ha sido dado el no pensar, no dudar, no temer, no desear, no imaginar, me he permitido invitar a la reflexión sobre la importancia de la ideas a la hora de gobernar y administrar la república. La segura inconclusión de este propósito hace valioso seguir conversando.

Bibliografía

- Berlin, Isaiah (2000), *The Power of Ideas*. Ed. Henry Hardy; Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Bateson, Gregory (2000), *Steps to an ecology of mind*. Chicago: The University of Chicago Press
- Didi-Huberman, Georges (2006), *Ante el tiempo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Esposito, Roberto (1996), *Confinos de lo político*. Madrid: Trotta.
- Fox, Charles J. & Miller, Hugh T. (1996), *Postmodern Public Administration – Toward Discourse*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Jaques, Elliot (1989). *Requisite organization – The CEO's guide to creative structure and leadership*. Arlington, VA: Cason Hall & Co.
- Maturana, Humberto; Varela, Francisco (1996), *El Árbol del Conocimiento - Las bases biológicas del entendimiento humano*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.
- Méndez Gago, Susana y Elena Rodríguez San Julián (2011), *Consecuencias futuras del despertar de una generación de adolescentes digitales. Escenarios posibles. Tres – Revista de Estudios sobre la Juventud*. En www.codigojoven.com
- Schmukler, Ricardo (2009), *Idle thoughts on method, agony, and pretense*. *Administrative Theory & Praxis* / September 2009, Vol. 31, No. 3, 377–387.

¹¹ Ver la discusión de Humberto Maturana sobre la idea de tiempo, en ww.inteco.cl/biology/nature.htm